



Siete mujeres poetas de América

Se multiplican las evocaciones estremecidas, a partir del Cantar de los Cantares: Tu cuello es como la torre de David. Helena toda de oro, resplandeciente entre nosotros, proclama Teócrito. ¡Qué juventud en las piernas!, exclama Ovidio ante Corina desnuda. El cálido perfume que sube desde su cuerpo incendia los sentidos, dice el japonés Nob gha Ohobyani, años y años antes de que Baudelaire, inclinándose hacia ella, creyera sentir el perfume de su sangre. ¿La noche cae de tus cabellos lisos y negros? ¿Es un pétalo de narciso tu párpado?, se pregunta, deslumbrado, Yazid Ebn Moaquia. Cuando las muchachas llegan al lago, las flores levantan la cabeza para recibir a sus compañeras, descubre el poeta chino Quang-Tchang-Ling. Eres mía, habitante de mis sueños inmortales, susurra Rabindranath Tagore. Mi dama es deseada en lo más alto del cielo, asegura con fe rotunda Dante Alighieri. Amor me mostró mi querida enemiga, anuncia Lorenzo el Magnífico y otro hombre del Renacimiento, Miguel Angel, habla así de Vittoria Colonna: La fuerza de su bello rostro me alza hasta el cielo. Lope de Vega nos retrata a Silvia, cerca de la antigua playa de Cadiz y asevera la imposibilidad que tiene el oro para rivalizar con su cabellera, del mismo modo que Shakespeare en uno de los sonetos a su amada anónima abate todas las comparaciones, para dejar libre la autonomía celestial de sus excelencias. He soñado tanto contigo que tú pierdes tu realidad, se entristece Robert Desnos. El mundo entero para esconderte, días y noches para comprenderte, anhela Paul Eluard. Flota sobre su pálido lecho, desamparada y libre, piensa Paul Valéry, al mirar a su Ana. Lluve tan bien sobre tus negras pestañas que se diría que lloras, pero de placer, le dice Gabriel D'Annunzio a la mujer que llama Hermiona. Los pies brillantes y ligeros, los muslos espléndidos y ágiles y las pupilas brillantes del deseo de mi alma, recita la sensualidad de Swinburne. La poesía de los hombres no ha cesado de estar habitada por el paso radiante de estas grandes desconocidas. ¿Alcanzan ellas a revelarse, a dar respuesta a nuestras interrogaciones, cuando dejan de ser cantadas para cantar ellas mismas? Enseguida hablan Olga Orozco, poeta mayor de acentos memorables; Delmira Agustini, la violenta y apasionada que marchó a una muerte trágica; Lucila Carmona, que aquietaba su lirismo entre las montañas de Chilicito y que tardó mucho en ver el mar; Amelia Biagioni, que se propuso y consiguió tener y dar horizonte propio y persona; Mary Lagresa, que se esconde en un rincón de Piriópolis; Nelly Candegabe que establece su zona mística en la vieja barriada de Belgrano; y la norteamericana Louise Bogan, que ocupó durante dos años el raro cargo de Consultor de Poesía en la Biblioteca del Congreso de Washington. Todas mujeres en la vasta poesía de América con acento brotado de muy adentro y propio.

BAILE

por Amelia Biagioni

*Es el ahora circular,
giramos,
es la reunión sin tú ni yo,
creciendo.
En el centro infinito
de un jardín que se sueña
crecemos girando,
y una flor vertiginosa
abre su pulpa, su fulgor, su aliento,
su locura perfecta,
su baile,
entre las otras ardientes azucenas
cuyo número
ni el mito ni la música
han podido nombrar.*

*Somos un nuevo sol
con su coròla de vaivenes,
con sus planetas delirantes,
ebrios de ciclos y de noches de amor,
en esta temporada de universo.*

ULYSES PETIT DE MURAT

Con Ulyses Petit de Murat es posible hablar todos los temas y agotar en una larga instancia la biografía de la mitad de un siglo. Por otra parte, Petit de Murat pertenece a una generación de hombres excepcionales, de la cual surgieron famosos pintores, grandes dramaturgos y luminosos poetas. Uno de ellos es precisamente, Petit de Murat. Y desde ahora y desde estas páginas, se ocupará del tema que por sobre la asombrosa lista de sus idoneidades lo caracterizara: la poesía y los transeúntes que día a día alternan con la imagen.

UN ROSTRO EN EL OTOÑO

por Olga Orozco

*La mujer del otoño llegaba a mi ventana
sumergiendo su rostro entre las vides,
reclinando sus hombros, sus vegetales hombros,
buscando inútilmente su pecho resignado a nacer y morir entre dos
sueños
Desde un lejano cielo la aguardaban las lluvias,
aquellas que golpeaban duramente su dulce piel labrada por el duelo
de una vieja estación,
sus ojos nacían desde el llanto,
o su pálida boca perdida para siempre, como en una plegaria que
incomovibles dioses acallaran.
Luego estaban los vientos adormeciendo el mundo entre sus manos,
repetiendo en sus mustios cabellos enlazados
la inacabable endecha de las hojas que caen;
y allá, bajo las frías coronas del invierno,
el cálido refugio de la tierra para su soledad, semejante a un
presagio,
retornada a su estela como un ala.*

*Oh, vosotros, los inclementes ángeles del tiempo,
los que habitáis aún la lejanía
—ese olvido demasiado rebelde—;
vosotros, que lleváis a la sombra,
a sus marchitos ídolos, eternos todavía,
mi corazón hostil, abandonado:
no me podréis quitar esta pequeña vida entre dos sueños,
este cuerpo de lianas y de hojas que cae blandamente,
que se muere adentro, como mueren las hierbas.*

POEMA BREVE PARA

UN HOMBRE DE LARGAS SONRISAS

por Mary Lagresa

*Sombra,
acaso un poco de luz.
Universo de tres por cuatro
—(crece la hierba en el espejo)—
El hombre de mojadras caderas
se vuelve hacia el centro
de la inmensidad.
Y, desde el estante fosforescente
de la tarde,
saltan dos lunas llenas de lluvia sonrojada.*

ORACION

por Nelly Candegabe

*Ten piedad, Señor, de su cuerpo.
La herida insaciable
le arrebató sus rosas.
Que el tránsito sea breve
y tu misericordia ponga hierbas azules
en sus valles amargos.
No permitas, Señor, que se prolongue
el vendaval oscuro que traspasa
las indefensas formas de su rostro,
ni ese naufragio de la sangre
en los dinteles polvorientos de la muerte.
Déjala que se duerma en tus trigales.
Ten piedad, Señor, de su alma.*

EL SUEÑO

por Louise Bogan

(versión de William Shand y Alberto Girri)

*Oh Dios, en el sueño el terrible caballo comenzó
A piañar en el aire, tratando de alcanzarme con sus golpes.
Por sus crines se derramaba el miedo guardado durante treinta y
cinco años,
Y un desquite igualmente antiguo, o casi, resoplaba en su nariz.
Cobarde total, yacía y lloraba en el suelo
Cuando apareció una fornida criatura y saltó hacia las riendas.
Otra mujer, mientras yo yacía medio desvanecida,
Saltó en el aire tratando de asir el cuero y la cadena.
Dale, me dijo, algo tuyo como talismán.
Arrójale, me dijo, alguna pobre cosa que sólo tú poseas.
No, no, grité, me odia; está ansioso por herir,
Y que yo me rinda o no, es lo mismo.
Mas, como el león de la leyenda, cuando arrojé el guante
Arrancado de mi sudorosa, fría mano derecha,
La terrible bestia, que nadie puede entender,
Se acercó a mí y bajó amorosamente su cabeza.*

CEGUERA

por Delmira Agustini

*Me abismo en una rara ceguera luminosa,
Un astro, casi un alma, me ha velado la Vida.
¿Se ha prendido en mí como brillante mariposa,
O en su disco de luz he quedado prendida?*

*No sé.
Rara ceguera que me borras del mundo,
Estrella, casi alma, con que asciendo o me hundo:
¡Dame tu luz y vélame eternamente al mundo!*

LO COTIDIANO

por Lucía Carmona

*A veces he pensado
que las largas doctrinas cotidianas
son los irrecatables deseos de la piel
y el sueño amargo.*

*Los credos de la sangre
se alientan de espejeantes humaredas,
casi al borde del rito,
casi al final del cuerpo
en gritos soslayados trepando las arterias.*

*Territorios sin germen
nos despliegan
en la boca guirnaldas de silencio,
fetiches insaciables,
insaciables guerreros.*

*Los aullidos que puedan responderse,
los que tengan alerta
la geográfica sombra planetaria y desierta,
los hijos que descubran todavía
algún alud de abiertas primaveras,
el pan que se nos rompa entre los dientes
con un sabor eterno
y una historia de rudos y de amargos
actores del destierro,
todos
se van nutriendo de la sangre
desde una muerte en tiempo.*

*Al fin
habrá algún niño que dibuje
ciudades de silencio en las arenas.*